

# **LA SANGRE NO PERDONA**

**Charlie Donlea**

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MÖTUS

*Cerro Gros Piton*  
*Jalousie Plantation Resort*  
*29 de marzo de 2007*

LA SANGRE ERA UN PROBLEMA.

Lo supe tan pronto como sentí que me salpicaba la cara. Le brotaba desde la línea de nacimiento del pelo y le corría por la mandíbula hasta caer sobre el acantilado de granito, al principio en esporádicas manchas rojas, como las gotas que preceden una tormenta, y luego en un chorro continuo, como si tuviera un grifo abierto conectado a la cabeza, en el punto donde yo lo había golpeado. Fue un error de juicio y de estrategia, lo que era una lástima, porque hasta el momento yo lo había hecho todo a la perfección.

Instantes antes, las suelas blandas de mis zapatos habían pisado el barro en la última curva de mi ardua subida al Piton. La adrenalina me corría por el cuerpo, lo que hacía que casi no hubiera tenido que esforzarme. Las endorfinas me serían de utilidad. Necesitaría de sus poderes analgésicos y energizantes para bajar la montaña tan rápido como la había subido. Matar a alguien requería perfección, manejo del tiempo y suerte. Esta tarde esperaba contar con las tres cosas.

Él apareció en mi campo de visión. Miraba hacia el borde y el sol alargaba su sombra, que parecía una pantera negra pintada en el suelo. Estaba de pie junto a la manta que había colocado sobre el saliente de granito; una botella de champán

y dos copas aguardaban. Como telón de fondo, el sol se acercaba al horizonte y hacía resplandecer las calmas aguas caribeñas, movidas solo por un velero cuya vela colorida estaba hinchada por la brisa del atardecer.

El acantilado se elevaba treinta metros por encima del agua. Una caída vertical, con poca profundidad en la base de la montaña. No había forma de que el mar amortiguara sustancialmente su caída. Yo lo había confirmado el día anterior. Le había dedicado mucha reflexión a ese momento. Además de la profundidad del agua, calculé el tiempo que me llevaría trepar hasta el acantilado y volver a mi cabaña. Tracé la ruta que seguiría por el hotel. Tuve en cuenta factores inesperados, algo necesario para cualquier estrategia. Y, más importante aún, calculé el tiempo que pasaría con él sobre el acantilado. No sería mucho.

Desde mi escondite entre la vegetación, di unos pasos silenciosos hasta tenerlo lo bastante cerca como para tocarlo. Pero esa noche el contacto físico sería limitado; el contacto físico deja pistas, fibras y pruebas forenses. Mi arma me permitía mantenerme a una distancia prudencial. La levanté, hice una breve pausa en la cima del arco cuando tenía la mano extendida por encima de mi cabeza y la bajé con fuerza contra su cráneo. El impacto fue sólido. Un golpe directo que él no anticipó y que es probable que no haya sentido. Aparte de una rápida sinapsis que irradió a través de las neuronas de su sistema nervioso central, seguramente no sintió nada. No hubo dolor ni sufrimiento. A menos, claro, que siguiera consciente cuando cayó al vacío. Trato de no pensar en eso.

Comprendí enseguida que mi ataque había sido demasiado agresivo. Mi objetivo era dejarlo aturdido e incapaz de defenderse. En cambio, casi lo maté por el golpe. Con un movimiento reflejo, se llevó la mano a la nuca y cayó de rodillas. Esperé y observé, sin saber qué sucedería. Pareció darse cuenta de que lo que chorreaba sobre la roca era sangre

y juntó fuerzas suficientes para levantarse, tambaleándose. Antes de que pudiera volverse, toqué con el pie la parte de atrás de sus pantalones y él desapareció. No lo oí aterrizar ni caer al agua. No me atreví a acercarme al borde del saliente por temor a que alguien que hubiera visto caer su cuerpo al agua, como un paracaidista cuyo equipo ha fallado, mirara hacia arriba y me viera sobre la roca.

Inspeccioné el acantilado y me esforcé por encontrar la mejor manera de reparar mi error. La sangre contaría una historia diferente de la que yo había planeado para esa noche. No tardé más que un segundo en tomar la decisión. Era imposible hacer desaparecer la sangre de la roca; no obstante, tendría que ocuparme de las salpicaduras sobre mi cara. Una cuidadosa inspección reveló que tenía sangre en el pecho y en la mano izquierda. También me percaté de que había manchas rojas sobre mi arma. Un lamentable error no forzado, producto de mi ansiedad. No tenía forma de resolver todos esos problemas. Opté por el más urgente: la sangre que me cubría, y encontré una solución. Me di la vuelta, dejando atrás el sol poniente y el acantilado manchado de sangre, y descendí corriendo el cerro Piton, pisoteando tierra y vegetación; bajé por la escalera hecha de roca y bambú y fui directo a la cabaña.

*Cerro Gros Piton*  
*El acantilado*  
*29 de marzo de 2007*

JULIAN CRIST SUBIÓ EL CERRO Gros Piton en el extremo sudoeste de Santa Lucía en poco menos de treinta minutos. Trepas a la cima era una excursión turística muy popular, y junto con su grupo, la habían hecho el día anterior. Esa tarde, sin embargo, Julian subió solamente hasta el acantilado Soufriere, un sitio que había encontrado el día anterior y le había parecido un lugar perfecto desde donde contemplar la puesta de sol.

Era una caminata sencilla que no requería más que seguir el sendero que serpenteaba alrededor de la base de la montaña. La parte más exigente de la caminata era una empinada subida por unos cincuenta escalones construidos en la ladera por los nativos de Santa Lucía, que habían utilizado rocas y cañas de bambú para crear una escalera transitable a través del escarpado desfiladero inferior.

Una vez que se dejaba atrás ese único desafío en el camino hacia el acantilado Soufriere, el resto de la subida era una tranquila caminata por un sendero de tierra que ofrecía ocasionales vistazos del mar Caribe y del lujoso hotel Jalousie Plantation. Era un recorrido pintoresco, pero cuando llegó a la zona despejada del acantilado, Julian supo que había elegido el sitio ideal para lo que tenía planeado. Se quitó la

mochila de los hombros y extendió la manta sobre el saliente rocoso. Debajo de él se abría una vista prístina de Pitons Bay, donde en unos cuarenta minutos, el sol descendería por el cielo azul sin nubes hasta hundirse en el horizonte.

Miró su reloj. Para compensar sus tonterías, el entorno tenía que ser perfecto antes de que ella llegara. Había estado a punto de estropearlo todo ese mismo día. Se había equivocado al acusarla, sobre todo cuando él mismo estaba ocultando cosas. Pero esa noche se lo compensaría. Sacó dos copas de champán de su bolsa y descorchó una botella de Veuve Clicquot Etiqueta Amarilla, cuyo corcho salió disparado al aire y trazó un arco antes de desaparecer de la vista por el borde del acantilado. Se le revolvió el estómago al mirar el vuelo del corcho. Por vigésima vez desde que había comenzado a subir la montaña Gros Piton, Julian se palpó el bolsillo y pasó los dedos por los bordes para asegurarse de que no lo había perdido.

Con todo listo, Julian se sentó a un lado de la manta y contempló la puesta de sol. Un velero, con su vela hinchada por el viento, cruzaba la bahía. Hacia abajo, a su derecha, podía ver Sugar Beach y el pequeño grupo que se congregaba para ver la puesta de sol. Nunca había visto un lugar más hermoso en la Tierra.

Oyó el crujido de una rama detrás de él y se preguntó por un instante cómo habría llegado ella al acantilado sin que él lo intuyera. Antes de que ese pensamiento pudiera disparar una reacción de sus músculos, una descarga le recorrió el cuerpo. Comenzó en la cabeza, un rápido impacto que detuvo el tiempo y entorpeció sus movimientos, como si nadara en aceite. Solo la sangre que le caía por el pelo y la oreja hizo que su mente se centrara en el presente. Se tocó el lugar de la cabeza donde se había originado el impacto y logró volver a poner las manos delante del cuerpo cuando cayó de rodillas. A cuatro patas, vio cómo caía sangre sobre la

roca mientras se inclinaba hacia delante, como un artista que deja que la pintura chorree sobre un lienzo. El sol destacaba su mano derecha, cuyos dedos eran puntas rojas brillantes que parecían pertenecer a otra persona.

Tambaleándose, volvió a ponerse de pie y dio pasos inciertos, dos hacia delante y uno hacia un lado, en un intento por girarse. Un empujón firme, de un zapato en la parte baja de su espalda, hizo que el cuello se le arqueara hacia atrás y lo impulsó hacia el borde del acantilado. Sintió que se le revolvió el estómago otra vez, como si volviera a ver caer el corcho del champán. Una imagen torcida de la ladera de la montaña, cubierta de exuberante follaje verde, llenó su campo de visión durante tres segundos antes de que el océano subiera a atraparlo.

En lo alto del acantilado de Soufriere, el sol poniente iluminaba la sangre derramada y arrojaba las sombras de la botella de champán y las dos copas sobre la roca. Esos tres objetos inanimados se extendieron a su máxima longitud, extrayendo de la luminosidad del sol la contradictoria oscuridad de sus sombras, hasta que una hora después se desvanecieron y se fundieron en la noche.

*Gran Sala del Tribunal de Justicia*  
*Tribunal Superior de Santa Lucía*  
*Nueve meses después*

LA REPORTERA DE LA NBC estaba delante de la cámara, micrófono en mano, con el Tribunal Superior de Santa Lucía como telón de fondo. El cámara hizo la cuenta atrás:

—Tres, dos, uno. —La señaló con el dedo.

—Nos acaban de informar que el jurado del caso de Grace Sebold ha vuelto a la sala. Han sido nueve largos meses para la familia de Julian Crist, que busca justicia por su hijo, asesinado aquí en Santa Lucía el marzo pasado. Julian, un estudiante de cuarto año del New York Medical College, apareció muerto la mañana del 30 de marzo, flotando en aguas de la famosa playa Sugar Beach, donde se habían reunido durante las vacaciones de primavera junto con sus compañeros de clase para celebrar la boda de una amiga. Si bien al principio se creyó que sufrió una caída accidental de uno de los legendarios cerros gemelos Twin Piton de Santa Lucía, la policía pronto comenzó a sospechar que había sido intencionado. Tras dos días de investigación, Grace Sebold, compañera de estudios y novia de Crist, fue arrestada y acusada de homicidio. Luego siguió un juicio intenso y en ocasiones descabellado en el Tribunal Superior de Santa Lucía. Hoy, el destino de Grace Sebold quedará decidido por un jurado de doce personas.

La reportera se llevó un dedo a la oreja.

—Me dicen que el jurado está a punto de entrar. Sigán con nosotros, que los llevaremos dentro del juzgado para escuchar el veredicto.

El equipo de producción hizo un corte y mostró el interior del juzgado, que estaba atestado de espectadores que ocupaban los asientos como en un servicio religioso de domingo. Reporteros y cámaras de la CNN, la BBC y FOX News se agolpaban contra la pared del fondo. Arrastrando los pies, los miembros del jurado se dirigieron a sus asientos; la sala zumbaba con silencioso nerviosismo, interrumpido ocasionalmente por el ruido de las cámaras de los fotógrafos que intentaban capturar gestos y expresiones faciales. Una puerta lateral se abrió ruidosamente en medio del silencio y un agente hizo entrar a Grace Sebold a la sala. Un frenesí se apoderó de la prensa, que luchaba por posicionarse para obtener la mejor foto de la enigmática Grace Sebold, descrita en los últimos tres meses como una combinación de brillante futura médica y cruel asesina.

El agente guio a Grace hasta donde estaba su abogado, sentado a una mesa delante del juez. El abogado se puso de pie al verla llegar y le susurró algo al oído. Grace asintió de manera sutil. El juez hizo sonar el martillo tres veces para llamar al orden al tribunal.

—Este es el Tribunal Superior de Santa Lucía, Distrito Sur, juzgando el caso de Santa Lucía contra Grace Sebold. —Miró al jurado—. Señor presidente del jurado, ¿han llegado a una decisión unánime en este caso?

—Sí, señoría —respondió el hombre, que sostenía una delgada carpeta en la mano.

El agente tomó la carpeta y se la entregó al juez, que la colocó sobre la mesa delante de él. Su expresión no reveló nada cuando la abrió y leyó el veredicto; inmediatamente después, levantó la vista hacia la sala atestada.

—Quiero pedirles a todos los que están presentes esta mañana que demuestren respeto hacia el Tribunal Superior evitando todo tipo de reacciones emotivas después de que lea este veredicto. También le voy a pedir a la prensa que se mantenga en el sector destinado a los medios y que por favor no cruce ninguno de los límites que se han establecido.

El juez bajó la vista hacia el veredicto e hizo una pausa breve antes de mirar a Grace Sebold.

—Señorita Sebold, por favor póngase de pie.

Grace obedeció y el silencio de la sala se quebró por el desagradable chirrido de las patas de su silla sobre las baldosas.

—En el caso de Santa Lucía contra Grace Sebold —dijo el juez—, en el cargo de homicidio en primer grado, el jurado encuentra a la acusada... culpable. —Un murmullo recorrió la sala, una mezcla de aplausos por parte de la familia y amigos de Julian Crist y llanto y exclamaciones ahogadas de los padres de Grace Sebold.

—Por orden del Tribunal Superior, Grace Janice Sebold, ha sido usted declarada culpable de homicidio en primer grado y se alojará en el Centro Penitenciario Bordelais para aguardar la sentencia. Señorita Sebold, ¿comprende los cargos en su contra y los posibles castigos por haber sido encontrada culpable de dichos cargos?

Grace murmuró un “Sí” casi inaudible.

—¿Desea dirigirse al tribunal o al jurado, según su derecho?

Grace negó con la cabeza y murmuró “No”.

El juez golpeó el martillo tres veces mientras el abogado de Grace Sebold intentaba sostenerla. El peso del cuerpo inerte de ella era demasiado, de manera que la sentó en la dura silla de madera que había roto el silencio del salón unos minutos antes. El agente se acercó enseguida para levantarla con una mano debajo de la axila y llevarla nuevamente a la cárcel.

A pesar de los golpes de martillo del juez, los reporteros gritaban preguntas mientras Grace abandonaba el tribunal.

—¿Lo mataste tú, Grace?

—¿Eres culpable?

—¿Apelarás esta decisión, Grace?

—¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—¿Quieres decirle algo a la familia de Julian?

Un reportero particularmente audaz se abrió paso hasta la barrera y se inclinó por encima de la barandilla de caoba para acercarse todo lo posible a la puerta lateral. El agente empujaba a Grace hacia la puerta abierta.

—¡Grace! —gritó el reportero, con una nota de urgencia en la voz que llamó la atención de ella e hizo que lo mirara. Cuando sus ojos se encontraron, el reportero empujó el micrófono por encima de la barrera, acortando la distancia entre él y Grace a unos treinta centímetros—. ¿Por qué mataste a Julian?

Ella parpadeó ante la franqueza de la pregunta. El agente apartó el micrófono con la mano y empujó a Grace por la puerta lateral, dejando atrás los gritos de los reporteros y el ruido de las cámaras.